Cuando el hambre llama

Marlowe

Image not found.

Capítulo 1

1

-Tengo mucha hambre, papá.

La mano de la niña fue en búsqueda de su muñeca y se aferró a ella con desesperación. Él despertó de su ensoñación y la miró con sorpresa: ¿desde cuándo le decía papá? Pero como en su mirada halló esa fulgor agónico chispeando en sus melancólicos ojos, dejó sus pensamientos atrás para ponerse a mirar la calle oscura, en busca de un mesón abierto.

Luego de ver varios anuncios luminosos flotando en las tinieblas, por fin halló uno y levantó la mano para señalarlo.

-Ese-dijo-. El de allí.

La niña lo vio: con letras azules de neón, sobre una fachada, un letrero resplandeciente rezaba: Restaurante Margot.

-Vamos.

El trayecto fue corto. Él la cogió de la mano y emprendieron el recorrido en silencio. La pequeña tiritaba a su lado y su vestido blanco flameaba como una bandera cada vez que un auto pasaba raudamente por la pista. En su rostro pueril tenía reflejado el cansancio y la desolación de las largas horas de vagabundeo, pero cada vez que veía el mesón más cerca que antes, su semblante adquiría otra tonalidad, una más confortada, y por sus adentros se llenaba de coraje para seguir caminando. Él, en cambio, era inmune al frío. O al memos lo parecía. Llevaba un saco azul arrugado y una corbata floja que le colgaba del cuello. Sus zapatos estaban desteñidos, su camisa blanca se estaba oscureciendo a causa de la suciedad y caminaba cabizbajo y presuroso por la acera. Cuando ella alzaba la mirada de vez en cuando veía su rostro demacrado y chupado por el hambre: los pómulos sobresalían de la cara, y su nariz respingona parecía una navaja apuntada hacia abajo.

Al llegar al establecimiento, él notó que no había clientela, que las sillas estaban vueltas sobre las mesas, y que había un hombre rollizo durmiendo con los brazos apoyados en el mostrador enrejado.

-Espérame aquí-dijo él señalando una mesa.

Acto seguido, se fue hacia el mostrador.

- Disculpe, señor...-le tocó suavemente el hombro pasando la mano entre

las rejas.

El hombre se despertó bruscamente de su asiento y miró al sujeto que tenía adelante con una especie de mirada hostil que menguó cuando se dio cuenta que había otra persona más en su negocio. Al fin recobró la lucidez del sueño interrumpido y se sobó perezosamente las mejillas infladas para decir:

-¿Si...?

-¿Es usted el dependiente?

-¿No se nota?-su voz sonó enfurecida y provocadora. Miró de reojo a la niña.

-Lamento haberle despertado de esta manera-dijo él-. Pero necesito su ayuda. Tenemos hambre, los dos-se hizo a un lado para dejarle ver a la niña-. ¿Cree que nos pueda ayudar?

-Es muy tarde para venir a cenar-dijo el dependiente-. Pero como "Restaurante Margot" se caracteriza por atender hasta que nuestras ollas queden vacías, puedo darles de comer lo que sobró del día.

-Gracias. Estaré infinitamente agradecido con usted. ¿Cómo se llama, por cierto?

-Margot. Agustín Margot.

-Oh.

-Mi madre me lo puso-explicó, con una resignación que lo hizo sonreír-. Quería una niña, pero cuando le dijeron que sería varón, me puso Margot como castigo. Pero llámeme como le gusta, a mí no me molesta que me digan Margot.

-¿Tiene el menú?

-Ahora se lo doy.

Margot se agachó un momento debajo del mostrador y luego volvió a erguirse con gran esfuerzo con la carta de la casa en la mano regordeta. Se lo pasó por la abertura de las rejas. Mientras él se puso a mirar los precios y los platos que había disponibles para aquella noche tan tardísima, el hombre rollizo se puso a mirar con una curiosidad casi perversa a la niña que yacía aburrida en la mesa.

-¿Es su hija?-preguntó, a penas conteniendo su fervor, pero como no oyó respuesta alguna, se calló. Luego, vio que el hombre le regresaba la carta

y que preguntaba por el baño.

-Está en esa esquina-dijo Margot, señalando con su mano una puerta cerrada que estaba al lado de un tacho de basura-. Ahí. ¿No va a pedir nada?

-Sí. Deme dos empanadas, dos cafés y dos huevos revueltos por favor-y volviéndose hacia atrás, hacia la niña-. Quédate quieta, espérame ahí, y si pasa algo solo grita. Luego se volvió una vez más hacia el mostrador, miró al dependiente que tenía una sonrisa trémula en los labios y se inclinó entre las rejas del mostrador para llegar a su oído y susurrarle en tono confidencial:

-Si te le acercas, Margot, te mato.

Y sin decir más, girando sobre sus talones, con la seguridad de que sus palabras surtirían efecto en el obeso, caminó hacia la puerta, giró el pomo y entró.

2

-¿Estás segura, no te hizo nada?-insistió él, mirando con el rabillo del ojo al dependiente que se había vuelto a dormir en el mostrador-. ¿Nada de nada?

-¿Por qué habría de hacerme algo el señor?-preguntó ella a su vez, engullendo una empanada de pollo en la boca-. ¿Acaso tiene algo en contra de mí?

-No lo creo, lo dudo, pero ya sabes, las calles son peligrosas y las personas más. Uno no sabe verdaderamente con quién está hasta que lo terrible pasa.

Una briza helada de la calle agitó los cabellos de la niña y ella empezó a tiritar de nuevo.

-Hace mucho frío, ya me quiero ir-dijo.

-Primero debes terminar tu cena. Ya casi acabas.

-Pero ya me llené-se quejó-, y estoy muy cansada. Quiero dormir.

-No dormirás hasta que acabes. Mira, yo ya terminé mi empanada, mi café y mis huevos revueltos.

Ya había pagado la cuenta, así que solo esperaba que ella terminara de comer. Mientra la veía esforzarse por tragar el último pedazo de empanada, el cansancio cayó sobre él como varias toneladas de libros en

su espalda. Alrededor de los ojos tenía una mancha violácea que iba creciendo más y más, y cada vez más se notaban los huesos en su piel. Había pasado tres meses desde que podía contar el número de huesos de sus costillas, y un mes menos para que notara que la ropa que antaño le caía exacta y apretada, ahora le fuera floja. ¿Por qué no se mataba, salía de ese sufrimiento y descansaba en paz? Y pensó: por ella. ¿Cómo se llamaba? Lucía. ¿Era su hija? No, no era. ¿De quién, entonces? De una mujer del cual no quiere recordarse, porque hacerlo conlleva también a recordar esos momentos trágicos que vivió como una suerte de película trágica. Aún podía rememorar esos momentos...

-¿Adónde vas?

La silueta se quedó petrificada en la oscuridad y él prendió la lámpara de la mesita de noche para verla.

-A la casa de mis padres, amor-contestó ella.

-¿No es demasiado tarde? Son la una de la madrugada, según mi reloj.

-Ellos me están esperando, quieren hablar urgentemente conmigo sobre un tema vital, mi amor. No te preocupes.

-¿Y tiene que ser a estas horas?

-Sí.

-¿Cuando volverás?

-¿Ya es de mañana, verdad? Entonces volveré hoy mismo.

-¿Y Lucía? ¿Qué le diré cuando despierte?

-Solo dile lo que te dije. Eres su padrastro, por Dios.

-Ella aún no confía en mí. Llorara cuando sepa que no estás en casa.

-Entonces aprovecha esta oportunidad para ganarte su afecto, amor.

-¿De verdad no me estás mitiendo?

-Pero qué cosas dices, amor.

-Ten mucho cuidado cuando salgas.

-Lo tendré, no te preocupes. Hasta luego.

Y se había ido, él la había dejado irse. Muy pronto descubriría el porqué de esa huida. Y lo sabría con gran aflicción en el corazón y en el bolsillo. No solo lo había dejado sin casa, sino que le arrebató todo los ahorros que tenía guardado en el banco. Se fue con otro hombre, se mudó a otro país, y no le interesó en absoluto dejar a su hija en la miseria con él. Hasta su misma familia había confabulado con ella, y cuando quiso entregarles la tutela de Lucía porque él no podía correr con los gastos de su alimentación, también se habían viajado al extranjero y no habían dicho adiós.

Ahora, sin dinero y calor, vivían como podían y solo una débil esperanza aún flameaba en su corazón.

3

-Ya terminé, ya no puedo más-dijo ella desmoronándose en la mesa-. Siento que estoy a punto de morir.

Se levantaron de la mesa y salieron antes que Margot se despertara y dijera nada. Volvieron a caminar por las calles oscuras, cogidos de la mano y enfrentando al frío.

-¿Cuánto falta para llegar a casa?-preguntó ella, exhausta-. Ya me olvidé cómo se llega.

-Falta poco-dijo él-. Doblemos en esa esquina.

El suburbio al que habían entrado estaba invadido de ladridos lejanos y gritos desgarradores de personas. Las casas habían adquirido ese aspecto paupérrimo de la clase baja de la sociedad y la vereda había desaparecido para ser reemplazado por tierra. Los postes de alumbrado público apenas si iluminaban el camino. Muchos de ellos a causa de la vejez y del descuido de las autoridades estaban temerosamente inclinados, y lo único que servía de soporte para que no se desplomaran eran sus cables enmarañados cual telarañas fantasmagóricas lo habían envuelto por completo y habían hecho una suerte de nudo resistente.

Al fin él se detuvo ante una casucha vieja y descolorida que tenía la puerta fuera del marco. Abrió la puerta con mucho cuidado y se presentó una oscuridad infinita que absorbía todos las partículas de luz del exterior.

-Entra-dijo con la voz de quien hace una invitación al inframundo-. Pero cuidado con caer porque no hay servicio de luz. ¿No puedes? ¿Tienes

miedo? Ya veo. Ven, toma mi mano. Yo te guiaré.

Y cuando al fin encontraron los catres de fierros oxidados en aquella oscuridad abrumadora, ella pudo descansar en paz y él pensó por primera vez en su futuro, y no menos, el de ella.